



RESPLANDOR Y MISTERIO

❧ Inmaculada de la Fuente ❧

Lo primero que me viene a la cabeza al evocar a Carmen Laforet es su mirada luminosa. La mirada de una joven soñadora que pasea por una playa canaria a finales de los años treinta, a punto de partir a Barcelona. Una herida, el recuerdo de algo triste o lejano, atraviesa de golpe esa mirada. Resplandor y dolor, dos de las notas que concurren a menudo en un verdadero artista: en este caso en una auténtica narradora. Un aura de secreto, una alegría natural que se quebraba en algunos momentos y la reducía a una extraña orfandad, un ansia de fuga. Carmen Laforet apareció en los años cuarenta como una novelista sorprendente, al irrumpir en el mundo literario con *Nada*. No era la primera obra que escribía, pero al ganar el premio Nadal dejó de ser una promesa para convertirse en una escritora con voz propia. En *Nada* el hambre de la posguerra se masticaba, era algo táctil, como la desesperanza de Román, ese desdenoso tío de Andrea que define su vida familiar como "un barco que se hunde". Desde entonces, la novelista mantuvo sobre sus espaldas un halo de expectación conforme proseguía su labor de narradora. Su alejamiento de los medios alimentó una aureola de leyenda y de ambigüedades tejidas en torno a sus silencios que la definían y a la vez la desdibujaban. Su obra posterior siguió siendo su mejor reflejo, pero se fundía en ocasiones con fases de ensimismamiento y hasta de abandono de la vida social.

231

Era una herida difícil de definir: quizá fue el sentimiento de orfandad que le sobrevino al perder a su madre a los 13 años, acentuado por el posterior matrimonio de su padre con una mujer que más tarde convirtió en un estereotipo femenino en su obra; tal vez fuera la pérdida de la niñez y del paraíso canario en el que creció; o acaso fue ese resplandor que descubrió en Barcelona mientras estudiaba Filosofía y Letras y su posterior reflejo en el espejo que le devolvía su amiga polaca Linka Babecka, hija de una familia de exiliados y ajena a su mundo familiar. Luego quizás esa herida se reabrió al descubrir que los abismos de la escritura pueden ser tan vertiginosos como paralizantes. Laforet nos dejó, sin embargo, un retrato de sí misma en sus cuentos de los años cincuenta (*El veraneo*, *Los recién casados*, *La muerta*, etcétera), o en *La insolación* y *La mujer nueva*, y no sólo en *Nada* y *La isla y los demonios*, donde la utilización del material biográfico por la autora es transparente.

Colata

El doble material de la propia memoria y la experiencia pareció agotarse en torno a los años setenta, quizás porque no quiso ahondar en sus vivencias de entonces. En esa década, que otros muchos españoles y creadores vivieron como una eclosión de libertad, Carmen Laforet se separó de su marido, el crítico y editor Manuel Cerezales y emprendió un nomadismo que la llevó a vivir un tiempo en Italia. Escribir ya no era una obsesión, ni siquiera era siempre un placer. La pasión por la escritura que la había consumido en su juventud se había instalado de tal modo en su vida que había pasado a ser ella misma un personaje literario al que podría haber novelado. Quizás fue ese pasar de la realidad a la ficción a voluntad, y ese estar y no estar al mismo tiempo, lo que le permitió vivir al margen de la política y hasta del franquismo y, no obstante, reflejarlo en sus relatos.

"Yo soy una salvaje que guardo mi persona de todo lío de encuentros con colegas escritores etcétera". Esta frase, escrita por Laforet en mayo de 1983 a Ricardo Lezcano, uno de sus primeros amores de juventud, es explícita. En esta carta, inédita, en la que la escritora contesta a otra de Lezcano, que se había puesto en contacto con su antigua amiga años después de que los diferentes rumbos de cada uno los separaran, Laforet explica que acaba de llegar de Estados Unidos. Fue, "un mes muy estimulante volando de oeste-este-norte sur", asegura. La escritora se alegra de recordar al viejo amigo, pero cuando le da su teléfono y su nueva dirección le advierte: "Jamás doy mi dirección a periodista alguno, pero aunque no seas periodista, mi dirección es totalmente confidencial (subrayado) y amistosa". Su empeño por tener una vida anónima más allá de la literatura, seguía vivo.

Era escritora, desde luego, pero también era una mística laica, una contemplativa. Su descubrimiento de la fe católica en los años cincuenta tuvo el acicate de poner nombre a su misticismo natural, pero pronto descubrió que la rigidez no era su camino. El suyo era más sutil, emparentado con lo mágico y lo misterioso. De nuevo, aparecía como una narradora que buscaba reconquistar su obra literaria primigenia con una novela, *La insolación*, en la que abundan figuras femeninas con un gran poder de evocación, aunque al mismo tiempo creara personajes masculinos sugestivos, como Martín, retomado en *Al volver la esquina*.

¿Fue libre Carmen Laforet para hacer la obra que deseaba o a la que aspiraba? Y en el caso de que la respuesta fuera negativa, ¿fue el franquismo y su brumosa atmósfera quien recortó sus alas o fue ella, al protegerse en su propia burbuja, la que se aisló de sus contemporáneos? En un intento de encontrar alguna respuesta más, lo que sigue es un fragmento del largo capítulo sobre Carmen Laforet publicado en *Mujeres de la posguerra*, una obra que se inicia con la autora de *Nada* y gira en torno a ella.

Una mujer de anable sonrisa, a veces ensimismada, en ocasiones ausente, se refugia durante semanas en un pueblo castellano. Ha elegido una localidad alegre, de veraneo, situada en la zona sur de Ávila, en las inmediaciones del Valle del Tiétar. La mujer, una novelista que conmocionó en su juventud el mundo literario, ocupa una casa de ladrillo encalada de blanco en las afueras de Arenas de San Pedro (Ávila). Una casa apacible rodeada de frutales, junto al río, con la sierra de Gredos al fondo, en el camino viejo de Guisando. Vive sola, acompañada de uno o dos perros, y escribe, trata de construir una historia coherente y dar aliento a unos personajes que por unos momentos llegan a ser reales. Son su única compañía en aquellas cuatro paredes desde las que siente la llamada del río, con su orilla salpicada de castaños. Una llamada incitadora en medio de la tarde. ¿Saldrá a pasear un rato o continuará repasando notas y cuartillas? ¿Escribir o vivir?

No muy lejos se levantan chalés de mayores pretensiones. La pequeña burguesía de Arenas de San Pedro y los veraneantes con casa propia gozan de un descanso amable, sin demasiadas ambiciones. Pero la escritora no se limita a pasar las vacaciones con su marido y sus hijos en esa casa cercana al río y a un aserradero de maderas que tienen alquilada. Cuando llega el otoño y los niños y el marido vuelven a Madrid ella se encierra allí durante un mes para terminar la obra iniciada. Hay que dejar sola a mamá, necesita concentración, está escribiendo una nueva novela. Y mientras los niños siguen su vida en Madrid, la escritora vuelve a poner en pie un mundo que siendo suyo no sea su mundo; a reencontrar el placer de escribir y la fuerza de aquellas

palabras que vomitó en su primera novela y que ahora no siempre logra recobrar; a pelearse con esos personajes audaces y a la vez perplejos que habitan su memoria.

Para esa tarea necesita estar sola, burlar el presente, no pensar en otra cosa que en juntar palabras. El reto que tiene por delante es arduo: debe competir con Carmen Laforet, la autora de *Nada*, la imborrable novela que ganó el primer Nadal en 1945. Competir con su frescura, pero también con su leyenda. "Ya sabéis lo que fue *Nada* para nosotros, y más para nosotras", recordaba todavía en los años ochenta Josefina Aldecoa. Se refería al asombro y emoción que causó *Nada* entre su grupo de amigos, todavía incipientes escritores: Ignacio Aldecoa (con quien Josefina se casó), Carmen Martín Gaité y Rafael Sánchez Ferlosio. "Desde la lectura de la famosa novela de Carmen Laforet de 1945, algunos jóvenes españoles tendíamos a ver la vida como la representación de algo que no desembocaba en 'nada'", confiesa Carmen Martín Gaité en *Esperando el porvenir*. Carmiña había leído *Nada* en Salamanca siendo aún estudiante de Filosofía y Letras, y aunque Laforet sólo tenía cuatro años más que ella, se convirtió en un referente y un fetiche literario. Uno de los pocos personajes de la posguerra que la salmantina deseaba conocer. Descontando a Pío Baroja, único representante del 98 todavía vivo, aunque replegado en su guarida, y a quien todo escritor deseaba visitar.

(...) La Carmen Laforet de *Nada* y la que escribía en Arenas de San Pedro *La mujer nueva* ya no eran del todo las mismas, tampoco sus personajes. Había una escisión, una doble división entre la escritora joven y la madura, pero también una neta distinción entre la

universitaria que deambulaba por Barcelona en 1939 y la mujer casada. Aunque hubiera siempre flotando en todo lo que hacía Carmen Laforet, en ella misma y en sus personajes, algo de huida, de defensa de su libertad a ultranza, de búsqueda de la verdad personal, a menudo a tientas, buceando en un permanente conflicto interior lleno de claroscuros. Lo que nos lleva a la paradoja de que si se contrasta su trayectoria con la de Carmen Martín Gaité y la de Ana María Matute, y ya no digamos con las de las exiliadas, su vida, externamente, puede parecer la más convencional de todas, atrapada, durante un tiempo, en unas circunstancias familiares y sociales que la conformaban con una época, pero también la más dada al vagabundeo íntimo, a la escapada interior -y física, si se tiene en cuenta su afición a los viajes-, dentro de la norma. Quién sabe si fue esa inquieta vida interior, o tal vez su capacidad para ensimismarse, lo que le permitió evadirse de la realidad cotidiana a ratos, sin necesidad de abandonarla.

(...) Mucho antes de inventarse esa isla de ladrillo encalado en Arenas de San Pedro, Carmen Laforet se empapó durante años de la telúrica y suave insularidad de Las Palmas. Aquel fue el paisaje de su infancia, el inicio de su continuo viaje al mundo de los otros, al continente. En parte el paraíso, pero también el punto de partida para volver a la península. No en vano vino al mundo en Barcelona el seis de septiembre de 1921, aunque no descubriera del todo el rostro de su ciudad hasta los 18 años. Precisamente el de la Barcelona del 39, la apagada ciudad llena de jirones que sumió en la perplejidad a Andrea la noche que llegó con su pesada maleta.

(...) "Difícil o imposible es probar lo que de autobio-

grafía deja un autor en su creación, y más aún si éste lo niega, como corrientemente ha hecho Carmen Laforet", afirmaba el profesor Joaquín de Entrambasaguas, con motivo de la publicación de la segunda novela de la autora. Aun así, el perspicaz crítico se inclinaba a pensar que "la autobiografía es el fundamento de las dos novelas de Carmen Laforet", pero no considerando sus elementos objetivamente autobiográficos, sino "en lo que tienen de motivos, de líneas generales, para que la autora los eleve, transformándolos, a la categoría de creación literaria".

Sólo Carmen Laforet podría explicar con más claridad lo ya apuntado por Joaquín de Entrambasaguas, y lo revela en una carta dirigida a su amigo Emilio Sanz de Soto el 19 de abril de 1980. En esta carta, depositada junto a otras por el destinatario en la biblioteca de la Residencia de Estudiantes, Laforet alude a la novela que escribía entonces, *Rebelde en carroza*, que finalmente abandonó o no publicó, explica su método de trabajo y desvela cómo hizo *Nada*: "El ambiente, el tipo de personajes, era mi vida en Barcelona y, por lo tanto, no necesitaba preparar un personaje de mi edad y viviendo en un tiempo determinado en una determinadísima ciudad que yo viví (te digo esto porque sé muy bien que tú sabes que eso no quiere decir que yo pensase hacer biografía)". Por tanto, "la primera fase de *Nada* consistió en una preparación elemental que iba escribiendo en todas partes: en la Universidad, en el Ateneo, etcétera... En esa preparación argumental entraban muchos más personajes y ambientes. El ambiente de los extranjeros que entraban en España viniendo frontera adelante sin pasaporte, huyendo de campos de concentración y los exiliados en Barcelona, etcétera, y otro ambiente juvenil de los chicos catalanistas recién vueltos desde la ciudad

de Montpellier a España al avance de los alemanes (...)” Después, sigue escribiendo Carmen, llegó la segunda fase, “la de hacer la novela capítulo a capítulo, y quité de ella dos novelas y me quedé con la que me pareció y debía quedarme (y en la cabeza la idea jamás realizada de hacer las otras dos”. Luego, Laforet vuelve a la protagonista, “llamémosle así (aunque quizás desaparezca como desapareció... o quise que desapareciera Andrea en Nada, al contar en primera persona la narración)”, de la novela que escribe ese momento, a la que ha tenido que inventar “la vida completa, desde que nació hasta los 19 años”. Por el contrario, “a Andrea no tuve que inventármela, por el hecho de que tenía la edad que yo tenía al llegar a Barcelona” y “la misma capacidad de sorpresa”.

(...) Fue la exiliada Elena Fortún (seudónimo de Encarnación Aragonés Urquijo), la creadora de Celia, quien le habló con franqueza de la incompatibilidad entre el matrimonio y la escritura. Laforet admiraba a Elena Fortún, a quien había leído de niña, como Carmen Martín Gaité, y no dudó en trabar amistad con ella, a pesar de la barrera del exilio. “Los artistas, sean del tipo que sean, están solos siempre, y no debería serles permitido que invadieran el hogar... Pero usted tiene razón, no puede vencerse esa gran fuerza de la vida que nos arrastra en la juventud... sobre todo en España, donde se ha parado el tiempo y lo que no es legal es pecado”, le escribe Elena Fortún desde Buenos Aires, el 1 de febrero de 1947, en respuesta a una carta anterior de Laforet. “¿Cómo va usted a estar arrepentida de lo hecho! No. Sea usted feliz muchos años y acepte con alegría la responsabilidad de vivir una vida que no estaba destinada a usted”, continúa Elena Fortún desde su experiencia de mujer casada desde que era casi una adolescente, cuando no pensaba escribir ni una línea. “Mi último libro en España fue recogido por

la censura luego de estar en los escaparates. Ahora han prohibido Celia en el colegio y para seguir publicando el resto ha sido preciso hacerles varios cortes”, comenta con resignado humor la creadora de Celia.

(...) “Comprendo que soy una escritora mediana, ni mala ni buena. Esto no me importa mucho. Yo doy de mí todo lo que puedo. Pero ser juzgada por tantos seres tan mediocres, insolentes, peores escritores que yo, con desparpajo enorme y con profesional desprecio, es algo verdaderamente irritante. Gracias a Dios que vine de Tánger con gran reserva de paciencia, serenidad y optimismo. Voy a ver si me sirven para hacer un plan de trabajo y escribir. Ahora que si me tocara la lotería... qué felicidad no escribir ni una palabra más”. Así se expresa la escritora, con la franqueza de los tímidos, cuando tienen un papel delante y escriben a un amigo, en una carta del 7 de mayo de 1959 dirigida a Sanz de Soto. Volverá sobre el mismo asunto en otra carta fechada en Ibiza, el 2 de diciembre de 1960: “Mi caso, hasta ahora, no ha sido de cobardía, sino simplemente de dar la espalda a todo lo intelectual durante años por razones complejas, y quizás la primera de todas, falta de fe en mí misma como escritora”.

(...) Todo escritor acaba teniendo su propio universo, pero en Laforet ese mundo existía antes de crear su obra. Quizás se deba a eso la paradójica afirmación de Sanz de Soto de que en Carmen Laforet pesa más la vida que la obra. Aunque tal vez haya que añadir que no tanto por lo que conocemos de ella como por lo que nos sugiere lo desconocido, sus silencios. Quizás no haya que buscar en ella un sentido torturante de la existencia, sino, más exactamente, un intento de entender el mundo sin perder su capacidad de ensimismarse.